

Buscando el paisaje en el Valle de Aburrá¹

IN QUEST OF ABURRA'S VALLEY LANDSCAPE

Alejandro Saldarriaga

Universidad Pontificia Bolivariana, Arquitecto. Doctor en Geografía.
 Profesor Universidad Nacional de Colombia,
 Medellín, Colombia, colombiano.
jasaldarriagas@unal.edu.co

Recibido: 19 de enero de 2010

Aprobado: 10 de mayo de 2010

Resumen

El objetivo principal de este texto es mostrar cómo se ha implantado el ideal del "paisaje" en Medellín, la segunda área urbana de Colombia, y ver si este ideal occidental, fundado por medio de obras artísticas, corresponde con las prácticas de esparcimiento natural generadas por la sociedad local. La historia del ideal del paisaje en este contexto, con antiguas raíces precolombinas, mostrará ciertas diferencias y tropismos, provocados por el lugar y su historia particular.

Palabras clave: sitios paisajísticos, esparcimiento natural, construcción paisajística.

Abstract

The principal aim of this text is to reveal how an ideal of landscape has been set in Medellín, the second urban area of Colombia, and to seek if this western ideal, founded on visual arts, matches the sight seeing and entertainment generated by a local society. The history of ideal landscape in this context, with pre colonial ancient roots, will show certain differences and tropisms encouraged by the site and its particular history.

Key words: *landscape sites, natural amenities, landscape construction.*

¹ Este es un artículo financiado por el CIDI y la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín

La problemática del “paisaje”

En lo que concierne a aquellos lugares naturales que, por su valor histórico y su estado de conservación, se llaman hoy en día: “sitios paisajísticos”, vemos que su definición dista de ser precisa. Por ejemplo, en el Plan de Ordenamiento Territorial –POT– de la ciudad de Medellín (2008) se sugieren como “sitios de interés paisajístico y recreativo”: un lote de la Universidad de Antioquia, dos clubes privados –El Campes- tre y El Rodeo–, un zoológico, dos fincas, la casa-museo El Castillo (donada por don Diego Echavarría), y ocho cerros llamados “tutelares”. Como se puede ver, estos sitios distan de conformar una categoría paisajística concreta. La más homogénea podría ser la de ser lotes destinados para futuros parques pues, incluso, de los cerros tutelares, solamente tres de ellos han sido ordenados con este fin. Si bien se entiende que se trata de un plan, allí se ha olvidado que el paisaje, además de estar conformado por sitios concretos, es también una construcción social hecha de prácticas y representaciones. Lo que esperamos mostrar a continuación es la relación entre las representaciones de la naturaleza, y las prácticas de su disfrute en el Valle de Aburrá. En términos generales se pretende mostrar cuál es “ese sentido de esta sociedad con respecto a su entorno, a través de sus formas de representarlo y de disfrutar de él”.

Sin embargo, esta relación local también debe leerse a partir de un contexto histórico y geográfico más amplio, en el cual ha dominado la noción de “paisaje”. Como lo han mostrado los historiadores, aunque los romanos hubieran tenido jardines, bosques sagrados, espacios públicos verdes, piscinas, y decoraciones que aludían a la naturaleza en sus casas, no poseían una palabra para decir “paisaje”, es decir, no tenían consciencia de él (Berque, 1995, 1997 y 2008). El concepto estético de paisaje que engloba estas prácticas y dispositivos, tiene una historia particular, que en Occidente no va más allá del Renacimiento. Por eso es importante contextualizar la definición de este término, no solo porque su uso es polivalente y su significado dista de ser claro, sino también porque el paisaje es uno de los motivos principales del ideal moderno de estar cerca de la naturaleza, el cual hace que proliferen las ciudades-automóvil (o difusas), que son causantes de problemas ecológicos y sociales en todo el mundo.

La “artealización” de la naturaleza

Como lo muestra Javier Maderuelo, aunque la palabra “paisaje” aparece en el siglo VIII en Alemania como *landschaft*, su sentido todavía es el de región o área geográfica, es decir, el de “país”. Según este historiador del arte, el significado estético de *landschaft* no aparece sino en 1606, cuando el pintor de Flandes, Carel van Mander, publica un libro sobre historia de la pintura de los países del Norte, donde llama a su contemporáneo y paisano Gillis van Coninxloo un *landtshap-maker* o “hacedor de paisajes” (Maderuelo, 2005: 294). Esto nos muestra que para pasar de *país* a *paisaje* se necesita de una obra de arte. Algo que Alain Roger llamó el proceso de la “artealización”. Como él nos dice, “el país es de algún modo, el grado cero del paisaje” (Roger, 1997: 18). Y, según él, este proceso de “artealización” cambia la percepción de la naturaleza de las sociedades involucradas. En ciertas sociedades, particularmente en China y en Europa, este proceso se hizo a través de dos formas de valorizar la belleza de un sitio: de forma indirecta, a través de la mirada; y de una forma directa, sobre el terreno; “dos modalidades, móvil (*in visu*) y adherente (*in situ*)” (Roger, 1997: 18).

Sin embargo, estos procesos estéticos no fueron los mismos en China y en Occidente. Augustin Berque mostró que aunque en ambos casos el paisaje tiene que ver con la instauración de un mundo, o de una sensibilidad hacia la realidad, en la China es un proceso que comienza en el siglo III o IV, mientras que en Occidente solo empieza durante el Renacimiento, ligado a la visión científica, y en especial a la perspectiva matemática. Según Berque, en China, el término *shanshui* (i.e. montañas y aguas), o paisaje para nosotros, adquirió un sentido estético cuando Zou Si (ca. 250-305), un poeta retirado a la vida del campo, dijo: “las aguas de la montaña tienen un sonido puro (y uno no necesita entonces, [dice el verso anterior], de instrumentos musicales)” (Berque, 2008: 46). De ahí en adelante se desarrolló en Asia una estética particular hacia la naturaleza, que en Japón llega hasta el ritual del té, en el cual se trata precisamente de repetir el espacio-tiempo de la cabaña rústica de estos primeros poetas retirados al campo.

A diferencia del paisaje chino, instituido a través de la poesía, en Occidente fue un proceso regido por la pintura, o por el dominio estricto de lo *in visu*. Sin embargo, en ambos casos encontramos dispositivos paisajísticos provenientes de los dos métodos. Según Augustin Berque, cuando vemos estos dispositivos en cierta sociedad, podemos saber a ciencia cierta que se trata de una sociedad paisajista. Pero como no todas las sociedades desarrollan los mismos dispositivos o les dan el mismo grado de importancia, él los enumera en orden del más común al más escaso:

1. Una literatura (oral o escrita) que cante la belleza de los lugares; lo que comprende (1bis) la toponimia (por ejemplo Bellavista, Gratavista, Bello Horizonte, etc.); 2. Jardines de recreo; 3. Una arquitectura dispuesta para disfrutar de una bella vista; 4. Pinturas que representen el medio ambiente; 5. Una o varias palabras para decir “paisaje”; 6. Una reflexión explícita sobre el paisaje (Berque, 2008: 47).

En esta lista de criterios vemos un método que pertenece al orden de la representación, y otro que pertenece al orden de la situación o del espacio vivido. Uno lo conforman signos (dominio del *in visu*), mientras el otro está conformado por sitios “concretos”, como son los jardines de recreo o los dispositivos arquitectónicos, los cuales deben ser experimentados en el sitio necesariamente (dominio del *in situ*). Podríamos decir entonces que el paisaje se forma entre representaciones y formas concretas. Entre la adecuación y la experimentación de ciertos sitios, y los modos de hacerlo ver donde no está.

Sin embargo esto plantea un problema: “para que exista el paisaje se necesitan obras artísticas o arquitectónicas”, lo que deja a un lado cierto grupo de prácticas y formas que no entran necesariamente dentro de esta categoría. Aquí podríamos recurrir a la definición del paisaje de Tim Ingold, quien también le atribuye un reconocimiento a las “vidas” que han dejado huella en el paisaje, sin por eso desacreditar su vínculo con las representaciones o con las “obras de arte”. Según él, el paisaje tiene una “temporalidad” intrínseca, que:

[...] nos puede permitir movernos más allá de la mirada naturalista del paisaje como un fondo estéril y neutro de las actividades humanas, y la mirada culturalista, para la cual el paisaje es un ordenamiento particular, cognitivo y simbólico, del espacio. Yo sostengo que deberíamos adoptar, en lugar de estas dos miradas, lo que yo he llamado una “perspectiva del habitar”, acorde con la cual, el paisaje se constituye como un archivo duradero y testimonio de las vidas y obras de las generaciones pasadas que han habitado en él, y que de este modo, han dejado allí algo de sí mismas (Ingold, 2000: 189).

Según esta definición los caminos rurales serían paisajísticos, así como los miradores y los sitios colectivos de esparcimiento. Pero, entonces, ¿por qué no los vemos, ni los teóricos, ni los ciudadanos? En el Valle de Aburrá (ciudad de Medellín) por ejemplo, los caminos precolombinos, y los sitios sagrados por donde ellos pasan, así como los sitios de esparcimiento colectivo, entre los que encuentran las quebradas, no han tenido casi ninguna visibilidad. El ideal del paisaje adoptado por las repúblicas nacientes del siglo XIX, como Colombia, no vio estas formas concretas, porque estuvo dominado por los ideales occidentales de belleza, y fue erigido a través de la obra de arte exclusivamente. A continuación veremos un breve resumen de esta adopción de formas y de su repercusión en la aparición del “urbanismo difuso”.

Un paisaje post-colonial

Durante el nacimiento de la República colombiana (1810-1821), fueron populares las ideas de Rousseau (1712-1778) y de los revolucionarios franceses, así como del enciclopedismo humboldtiano, las cuales produjeron influencias paisajísticas. Antes de ellas la estética católica era la que controlaba la producción del espacio y, como lo muestran Tom Cummins y Joanne Rappaport, esta producción se realizaba a su vez “en una variedad de domi-

nios, incluyendo el alfabetismo, la representación visual, la arquitectura y el planeamiento urbano” (Cummins y Rappaport, 1998: 174). En lo que se refiere a la lógica de las fundaciones coloniales de las ciudades colombianas, su principio de grilla cuadrículada, con la plaza y la iglesia en el centro, expresa el ideal de reducir, de encauzar, y sobre todo de imponer una geometría celeste y trascendente en la tierra. Esta forma cuadrada de la plaza, en la cual se realizaban actos de empoderamiento, discursos y ceremonias religiosas, se traducía a su vez en la geometría de los patios de las casas de patio, cuya función también era edificar el espíritu y gobernarlo a través de la vida interior. Tal configuración es muy antigua, la podemos ver tanto en la casa pompeyana como en la casa islámica que, como lo muestra Thierry Paquot, también está dispuesta alrededor un patio central “abierto a la mirada de Dios y cubierto por la voluta celeste”. Del mismo modo que la casa cristiana impuesta por la colonia, la casa islámica también se cerraba hacia el exterior y las habitaciones giraban alrededor del patio (Paquot, 2005: 263).

Pero en el siglo XIX, el adoctrinamiento religioso va a tener que compartir su lugar con la ciencia y con los nuevos valores universales que proclaman los derechos del hombre. De una producción de espacio colonial y de enfoque católico, se va a pasar a una producción de espacio a partir de la visión científica, y que llamaremos “post-colonial”. Este cambio se empieza a realizar incluso antes de la firma de la independencia, cuando en 1802, en Santa Fe de Bogotá, comienzan las obras del observatorio astronómico. El arquitecto David Miguel González Bernal (1997) explica que éste es el primer edificio que se basa en los parámetros de la Ilustración y su construcción se realiza paralelamente al primer proyecto científico que se realiza en la Nueva Granada (y uno de los últimos de la colonia): la expedición botánica que conduce José Celestino Mutis (1732-1808). Además es el primer observatorio de carácter permanente que se construye en América (existían ya otros dos provisionales, el de Filadelfia y el de Montevideo), con el cual, a partir de su función científica, de su planta octogonal y de su localización a más de 2.600 metros de altura, se establece un emblema de la ciencia y de la ilustración en las tierras altas del Nuevo Mundo. Si su localización geográfica no fue óptima para la observación astronómica –pues los cerros obstruyen la vista–, la decisión de construir este edificio responde entonces a un gesto simbólico y geopolítico: el hecho de que siga siendo desde las alturas que se emitan las leyes universales de la naturaleza. En las tierras altas y frías se deposita la razón, porque en las tierras bajas y calientes, según lo planteado en el determinismo característico de

esta época, sus habitantes se dejan llevar por la emoción y por la pereza.

A esta manera de ver el mundo, que comienza con Galileo y se desarrolla con Newton, Philippe Descola la llama el “Naturalismo” (2005). Es una ontología en la cual la naturaleza se rige bajo unas leyes lógicas y universales, independientes de las leyes de la sociedad. Se trata, precisamente, de nuestra ontología, en la cual todo lo que ocurre en la naturaleza puede ser explicado a partir de unas leyes racionales que no están contaminadas por ningún tipo de rezago cultural. Las leyes objetivas de la naturaleza se oponen a las leyes subjetivas de la sociedad (Latour, 2007 [1991]) y, por esta razón, el hombre naturalista se despreocupa o simplemente no ve el trabajo de su “cuerpo medial”. No ve el trabajo que se realiza en los campos para sembrar su comida, no ve su huella ecológica, ni su huella social, ni su huella simbólica (Berque, 2005), como tampoco ve las huellas concretas de su paisaje. En sus recientes cursos del Collège de France, Descola ha mostrado que “el paisaje” es precisamente el modo de figuración de esta ontología (2009). Pues de forma paralela aparecen en Europa los primeros “paisajes autónomos”, construidos según la perspectiva matemática y las primeras propuestas para ver el espacio de forma objetiva, que realizaron Descartes y sus contemporáneos.

En Colombia, vemos que uno de los primeros antecedentes de este ideal del paisaje es la quinta (i.e. villa) que le fue otorgada por el gobierno al libertador en Santa Fe de Bogotá, en 1821, dos años después de liberar la ciudad de los españoles. La villa estaba rodeada de jardines y de fuentes, cuya vegetación y disposición recuerdan el jardín “pintoresco”, pero cuyo alineamiento nos remite también al jardín a la francesa. La ideología de este dispositivo arquitectónico nos viene, sin embargo, de los tiempos de Virgilio, principalmente cuando la “villa” empezó a servir como espacio de *otium*, para los hombres poderosos que poseían su *negotium* en las ciudades (Ackerman, 1997 [1993]).

La forma urbana de la quinta de Bolívar –un cerramiento amurallado con pequeñas aberturas, en cuyo interior se sitúa la casa principal rodeada de jardines–, es la misma que se reproduce en las nuevas “ciudades difusas”, como El Poblado en Medellín. Allí cada predio y edificio están amurallados y tienen portería, de igual modo, cada forma se desarrolla caprichosamente dentro del cerramiento sin importar el contexto. Y uno de los ideales que mueve a las personas adineradas a vivir en estas condiciones también es el mismo que motivó, en su momento, la

proliferación de la villa o “quinta”, el del retiro individual para contemplar la naturaleza. Solo que ahora se suman otros valores y otras condiciones técnicas: la seguridad en primer lugar (Paquot, 2005), y la planificación de la ciudad moderna para el automóvil individual, que en el caso de Medellín responde al plan de Wiener y Sert (1951).

Pocos años después de la construcción de la quinta de Bolívar en Bogotá, se empiezan a publicar los primeros escritos que aluden al paisaje y a la vieja tradición de evadir la ciudad para buscar el contacto con la naturaleza.

La narración del paisaje

En lo que concierne al movimiento artístico de la ciudad de Medellín, y antes de entrar al tema de las narrativas, deberíamos mencionar ciertos datos importantes. Por ejemplo, que solo en 1825, poco tiempo después de la Independencia, el comerciante Juan Uribe Mondragón trae el primer piano; en 1831 se estrena la primera obra de teatro; y en 1835 comienza la educación universitaria (Valencia, 1996). Con respecto a la literatura, y como lo señala Jorge A. Naranjo: “aun cuando en Antioquia se escribió mucho desde los tiempos de la Independencia, la literatura de relato solamente aparece en la segunda mitad del siglo pasado y una verdadera ‘cultura de la narración’ solo se constata cuando ya concluye, durante el ‘quinquenio de oro’ de nuestras letras” (Naranjo, 1995: 2).

Una de las primeras descripciones de sitios paisajísticos en Medellín es la del escritor Emiro Kastos, cuyo verdadero nombre era Juan de Dios Restrepo (1825-1884). Su sensibilidad paisajística se refleja claramente en el relato, escrito en 1856, de un paseo por el municipio aledaño de Rionegro. En el siguiente extracto es notorio que ya para esta época ciertas personas sentían la necesidad de escapar de la ciudad:

Pero cuando me fastidia en Medellín la vista cotidiana de ciertas caras; cuando los gendarmes conservadores asustan mis nervios, y esta atmósfera de represión en que vivimos me sofoca, y siento zumbiar en de rededor de mí la ley de vagancia, me voy a ver rostros amigos y a llenar en Rionegro de aire libre mis pulmones (Kastos, 1972 [1856]: 264).

Luego, en un relato sobre un viaje a Bogotá del mismo escritor, el primer sitio que se enuncia es el Alto de Santa Elena. Al describir la cascada de la quebrada que baja de este alto como de “forma blanca y pintoresca”, este escritor muestra una influencia clara de la estética paisajista imperante en Inglaterra desde finales del siglo XVIII (Ábalos, 2005 y 2008). Al continuar su camino describe lo que sigue como un “jardín que se extiende por leguas”, y al pasar por Rionegro vuelve a mostrar esta influencia estética lejana. Esta vez se puede ver la influencia de lo “sublime” cuando dice: “cierto silencio solemne que se nota en la naturaleza, dan a esos campos un tinte melancólico, pero bello y poético a la vez” (Kastos, 1856).

En la descripción de otro viaje hacia Bogotá, realizada por Eduardo Villa Vélez (1839-1903) en 1863, también encontramos otros modos de ver la realidad local a partir de patrones estéticos occidentales. Por ejemplo cuando unos rostros en la luz tenue de un albergue, lo hacen pensar en Rembrandt, cuando unos muchachos que amarran bestias lo hacen pensar en “los cocheros de Liverpool”, o cuando hace alusión al “fastidioso spleen”. En otras partes del relato, Villa compara la geografía local con: el Monte Blanco,

o con el valle de Chamonix (Villa, 2004 [1863]: 32). Y a todos estos referentes occidentales se les suman descripciones racistas y despectivas de las personas nativas que el escritor encuentra por el camino. Hablando de los bogas, por ejemplo, dice que solo “el patrón está completamente vestido y es el único que tiene hábitos y modales de gente decente, los demás de la tripulación son verdaderos animales” (Villa, 2004 [1863]: 42). Lo mismo pasa cuando menciona a los “indios de la sabana”, de quienes dice que “todas sus facciones [...] revelan al momento su descendencia pura y sin mezcla de la raza muisca, aunque su embrutecimiento y torpe inteligencia niegue el parentesco con los antiguos habitantes de la planicie” (Villa, 2004 [1863]: 71).

Aunque la descripción de Medellín que hace el jurista autodidacta Francisco de Paula Muñoz (1840-1914) en 1870 sea pseudocientífica, podemos ver también en ella la comparación entre lo local y los lugares célebres en la memoria de Occidente. Por ejemplo, el corregimiento de “San Cristóbal” se compara a “la Beocia del distrito” (Escobar, 2003: 10). También desde esta época se puede ver la popularidad de las fincas de recreo:

El verde y lozano conjunto está salpicado de quintas o casas de recreo y sotos de arboledas plantados con esmero por los ricos y acomodados de la ciudad, que, por temporadas, se retiran con sus familias a gozar de la deliciosa libertad del campo (Escobar, 2003: 11).

A medida que avanza el siglo XIX va aumentando la sensibilidad paisajística en la literatura local. La época dorada de la literatura, mencionada por Jorge A. Naranjo, coincide con este incremento. El más claro exponente es Tomás Carrasquilla (1858-1940), que sin haber podido terminar sus estudios en la universidad de Antioquia a causa de la guerra es, quizás, uno de los escritores más reconocidos del país en dicha época. Su sensibilidad paisajística estaba influenciada por filósofos como Ralph Waldo Emerson (1803-1882), quienes impulsaban la vida en el campo. Esto queda manifiesto cuando dice: “[...] como ya expusieron Cantú y Emerson, con toda su sabiduría, que los paseos al campo y sus espectáculos son el placer supremo de la vida” (Carrasquilla, 1995 [1919]: 17). En otra parte de sus descripciones de Medellín dice:

Admirar lo lejano, las cumbres detrás de las cumbres, los cerros tras los cerros, la colina que se desprende de la falda, los sotos que se escalonan, los collados que se levantan, las quebradas por donde corre el agua, la opulencia de la vegetación, es,

seguramente, uno de los goces más puros y más intensos del alma [...] eso reconcilia y ennoblece (Carrasquilla, 1995 [1919]: 15).

[...] Tus gentes, Medellín hermosa, no necesitan más de otras para aliviar sus tedios y pesares: con tu naturaleza tienen (Carrasquilla, 1995 [1919]: 17).

Sin embargo, esta sensibilidad paisajística también está cargada de alusiones a la antigüedad, similares a la de sus antecesores. Esto lo vemos cuando Carrasquilla le canta al río Medellín, diciéndole que “ningún poeta le ha dedicado una estrofa” (Carrasquilla, 1995 [1919]: 29) y cuando hace referencia a las “musas” y a “las palomas de Eros” que lo pueblan en su parte alta, o al dios Pan que se oye en sus orillas (Carrasquilla, 1995 [1919]: 31-32).

Tomás Carrasquilla menciona otros lugares que podríamos considerar paisajísticos. Ellos son: “la Colina de los Ángeles” (El Salvador), las partes altas de Santa Elena, pero también La Asomadera, el Alto de Medina (desde el Boquerón), el Alto de las Cruces, el Llano, los baños de El Edén, el Bosque de la Independencia, el barrio Buenos Aires (o Miraflores), San Benito (donde se bañan las mujeres en el río), el parque de Boston, Granizal, El Poblado, los vergeles de Prado, de Belén, de La América y Robledo, la Ladera y Piedras Blancas. Además, Carrasquilla nos da una idea de los miradores más populares cuando dice: “[...] mira allá, por las alturas de Versailles, a las luces postreras de la tarde; mira por Majalc, por el Alto del Caballo, por las Calles de Santana, por las pendientes de Enciso y de Villahermosa” (Carrasquilla, 1995 [1919]: 46).

En su novela *Frutos de mi tierra* (1896), Carrasquilla menciona un sitio llamado el Cucaracho, y dice que “es uno de los lugares más socorridos para cambiar de aires y darse á la sociabilidad”. Hoy en día a este barrio se le conoce como La Pilarica y en los años setenta y ochenta hubo allí un apogeo de casas campestres. Pero según Carrasquilla, ya desde comienzos del siglo XX se podían ver allí “chozas rodeadas de huertas y jardines, amplias casas de labradores ricos, prados blanqueando de ganado, quintas de placer de elegante portada y variada construcción, entre palmeras, mangos y acacias” (Carrasquilla, 1995 [1919]: 46). Otros datos paisajísticos que menciona el escritor son las dos quebradas que riegan este sector: “la pérfida Igua-ná, de negra historia”, y la Gómez, “que convida al baño”. Sin embargo lo que constituye el encanto de este sitio es, para Carrasquilla, el paisaje que desde allí se disfruta. Al frente el escritor ve a Santa Elena, El Alto de Las Cruces, El Poblado, El Morro de los Cadavides, El Bermejál, el Pan de

Azúcar, y no menciona al cerro el Volador sino para decirle “maldito cerro”, pues le tapa la vista de conjunto del Valle de Aburrá (Carrasquilla, 1997 [1896]: 107-111).

La pintura del paisaje

Como podemos ver, una verdadera literatura paisajística solo se desarrolla a finales del siglo XIX con Carrasquilla, lo cual coincide con el surgimiento de la pintura del paisaje. Sin embargo, los primeros paisajes pintados en Colombia fueron los encargados por Humboldt para ilustrar su expedición por América, al comienzo del siglo XIX. Antes de la incursión de esta visión científica, solo existían representaciones de batallas e íconos religiosos. De estas representaciones pictóricas, la que más se acerca a nuestro territorio de estudio sería *Los volcancitos de Túrho*, dibujo de Marchais, realizado a partir de bocetos de Humboldt, e incluido en *Voyage de Humboldt et Bonpland. Atlas pittoresque*, de 1813 (Castrillón, 1997). Los dos personajes desnudos en este escenario natural, pintado con una luz poco real para un sitio tropical, hacen de estas representaciones claros ejemplos del mito rousseauista del “buen salvaje”, o de una sociedad que vive en una paz ideal con su medio ambiente.

Después del viaje del barón von Humboldt por América hay un auge de expedicionistas independientes que en algunos casos eran pintores sobresalientes, como Albert Berg (1825-1884). Todos ellos querían alimentar las ansias del público de revistas ilustradas en Europa por ver las tierras exóticas recién exploradas (S. Londoño, 2005: 72). Después de la independencia, y a falta de un mapa detallado del naciente territorio, se realizó la *Comisión Corográfica* de 1850-1859, en la que también se dibujaron poblados, accidentes geográficos y grupos étnicos. Dentro de este encargo sobresalen los dibujos casi infantiles de Henry Price, quien llegó a pintar una *Vista de Rionegro*, 1852 (Mejía, 1997).

Sin embargo, los primeros paisajes pintados de Medellín, hechos para ser “obras de arte”, fueron los que realizó Francisco Antonio Cano (1865-1935) en 1892. De él se dice que fue quien pudo superar pictóricamente la estética colonial, con lo cual abrió una perspectiva moderna para esta sociedad (S. Londoño, 2002: 7), y dicha perspectiva moderna la realizó precisamente a través del paisaje pues, como dice su biógrafo Santiago Londoño, “entre los logros más destacados de su juventud, está el haber fundado la pintura de paisajes en Colombia, unos años antes de que el género entrara a ser parte del currículo de la Escuela de Bellas Artes de Bogotá” (S. Londoño, 2002: 7).

Según Santiago Londoño, el paisaje más antiguo que se le conoce representa la pequeña ciudad de Medellín vista desde la Otrabanda (S. Londoño, 2002: 38). En ese mismo año de 1892, realizó también dos pequeñas pinturas llamadas *Paisaje de La Playa*. Allí se representan los antejardines de las casas que se encontraban en esta avenida construida en los bordes de la quebrada Santa Elena, la cual fue cubierta en el año de 1941. Precisamente en la parte canalizada se encontraban los hogares más pudientes de la ciudad. Además era, y es todavía, un sitio de paseo y de esparcimiento urbano. Otro paisaje de ese mismo año es la *Laguna de Guarne*, sitio donde también culmina el camino prehispánico de Enciso (o de “Cieza de León”) y donde también eran comunes los paseos a caballo.

En 1893, Francisco Antonio Cano pintó *Paisaje con ganado blanco orejinegro*, y en 1895 presentó su *Paisaje de Medellín*, en el que también se percibe la ciudad en la lejanía, pero cuyo motivo principal es un niño cazando pájaros. En las palabras de su biógrafo se trata de una “mirada bucólica de Medellín” (S. Londoño, 2002: 40), “una atmósfera irrepetible, traslúcida o sobre-cogedora”, “el artista parece debatirse en su pintura entre la nostalgia por la belleza del primer día de la creación, que se conserva en esos bosques y montañas que rodean a Medellín y la punzante constatación de que el progreso, de manera inevitable, acarrea una destrucción de todo ello” (S. Londoño, 2002: 40).

Después de su viaje a París, Cano pintó otros paisajes, esta vez con una luz más acorde con el trópico. Sin embargo, como es el caso del emblemático *Horizontes* (1913), los personajes en primera escena le dan más importancia a la costumbre que al lugar natural, lo que hace que estos no sean paisajes en el pleno sentido de la palabra. Para que aparezcan los primeros paisajes autónomos tendremos que esperar a Eladio Vélez (1897-1967), alumno de Cano. Entre los lugares que pinta del Valle de Aburrá, se encuentran el Alto de Boquerón, Niquía, San Antonio de Prado, Manrique, Envigado y el Bosque de la Independencia. Muchos de ellos están entre los ocho paisajes que Eladio Vélez pintó para la sala Beethoven, del palacio de Bellas Artes de Medellín, edificio de estilo Art Deco construido en la avenida La Playa y diseñado por el maestro Pedro Nel Gómez en 1925. Los paisajes de Eladio Vélez, que datan de esta época, están atravesados por la modernidad. Allí los postes de luz y las carreteras se mezclan estéticamente con las montañas, libres de imperfechos (ver fig. 1).



Figura 1. Eladio Vélez, *Paisaje*, 1937 (foto y obra propiedad del Palacio de Bellas Artes de Medellín).

La construcción del paisaje

Por esa misma época en que F. A. Cano pintó los primeros paisajes, comenzó también la construcción y el ordenamiento público del agua. El tradicional baño en el río o en las quebradas se iba haciendo escaso. Múltiples epidemias debidas a la contaminación de fuentes de agua, así como la llegada de las teorías pasteurianas, llevaron a la necesidad de establecer leyes y construcciones públicas para el manejo del preciado líquido. Alicia Londoño Blair (2008) explica que este ordenamiento de las aguas, pedido en gran parte por la sociedad civil y la élite comercial, estableció leyes que restringieron y luego prohibieron el baño en las quebradas. Pero aunque esto afectó de manera significativa la práctica social de bañarse en sitios naturales, no la erradicó completamente, como veremos más adelante.

Hasta finales del siglo XIX en Medellín no existía acueducto público, aunque ya su población superara los 40.000 habitantes. Sobre el uso del agua en Medellín se sabe que: “la mayoría de las personas cargaban el agua desde los pequeños pozos hasta las casas y la depositaban en grandes cántaros o tinajas, según señala el historiador Lisandro Ochoa. En 1895 existían 241 pozos de donde se tomaba el agua, tanto de los acueductos públicos como de los particulares” (A. Londoño, 2008: 12). Pero para el cambio de siglo ya se había construido un acueducto en “barro quemado”, que debido a sus continuas fracturas tuvo que ser remplazado por uno de hierro entre 1917 y 1923. Después de haber terminado este acueducto se emprendió finalmente la construcción de uno en concreto, y en 1925 se estableció la primera planta de cloración

en el acueducto de Piedras Blancas en Santa Elena (A. Londoño, 2008: 17).

A finales del siglo XIX y durante la primera parte del XX, los problemas con la implementación del agua en los domicilios, hicieron que los baños públicos siguieran gozando de mucha popularidad. Según cuentan los historiadores, existían muchos tipos de baños. El más común era que el propietario de cierta fuente natural estableciera un sitio de baño y cobraba por su uso. Pero también había cafés que ofrecían el servicio de ducha, o sitios más especializados con piscinas y aguas a diferentes temperaturas, y que ofrecían el servicio de baño para toda la familia. Entre los más populares estaban: “los baños de Palacio”; los baños de Bermejál (“Amito”); los baños del Edén, donde queda hoy el jardín botánico; los baños de Amador; los baños de Escallón; los baños del bar de los Moras; los baños del Jordán en Robledo; los baños del café de Cádiz y los baños de la Bastilla (Ortiz, 1983; A. Londoño, 2008: 27).

Estos eran sitios paisajísticos en la medida en que allí, además del aseo personal, se disfrutaba de la naturaleza. Carrasquilla los describe en ese sentido: “el agua a cualquier grado, el chorro, la ducha, la inmersión, arbustos, flores, perfumes, azul y nubes brindan en estos recintos familiares con las delicias del edén perdido” (Carrasquilla, 1995 [1919]: 105). Pero allí no sólo se disfrutaba de la naturaleza, sino también de su belleza y del contacto social, motivo por el cual muchos baños públicos fueron denunciados por el poder eclesiástico. Sin embargo, muchos de estos sitios siguieron siendo frecuentados por hombres de negocios, que tenían en ellos un punto importante de sociabilidad.

La decadencia de los baños públicos, así como de las prácticas del baño al aire libre, también fue alimentada por el viejo ideal de la casa de campo, o del surgimiento de la *quinta*. Las familias pudientes, clientes de los baños más importantes, comenzaron a adquirir fincas de recreo en las afueras de la ciudad. Según nos cuenta el comerciante y periodista Ricardo Olano (1874-1974), en su *Guía de Medellín y sus alrededores* (1916), estas “hermosas y pintorescas casas de campo” se podían ver en El Poblado, Itagüí, Envigado, La Estrella y Caldas. Olano dice que en Itagüí se encontraban al pie de la “triangular silueta del cerro el Manzanillo” (Olano, 1916: 18), sitio donde también existen unos petroglifos prehispánicos.

En el sitio donde quedaban los famosos baños del Edén, se creó, en 1913, el primer parque paisajístico de Medellín: el Bosque de la Independencia. En la iniciativa y la gestión de este proyecto resaltan los nombres de Ricardo Greffestein y Leocadio Arango, personajes pertenecientes a la Sociedad de Mejoras Públicas. Además de tener un lago para paseos en canoa, este lugar ofrecía paseos en burro para los niños, “vivero, canchas de tenis, trencito, juegos infantiles, un incipiente zoológico y hasta el servicio de venta de animales domésticos (perros y gatos)” (Jardín Botánico de Medellín, 2008). Antes de la construcción de este parque, allí funcionó un hipódromo. Llama la atención la presencia de un kiosco central desde donde la orquesta amenizaba la escena, pues nos deja ver una influencia directa de los *kiosque à musique*, que a partir de la segunda mitad del siglo XIX invadieron las playas francesas (Mussat, 2001). En 1972, con el impulso que generó la celebración de un congreso internacional de orquideología, este parque pasó a ser “jardín botánico”.

En 1927, el municipio de Medellín compró los terrenos del cerro de Los Cadavidés para transformarlo en parque. En 1929, después del cambio de nombre por el cerro de Nutibara, se inició el proceso de diseño del parque a cargo de la Sociedad de Mejoras Públicas y en 1939 se aprobó el plan y se comenzaron los trabajos, que se desarrollaron hasta 1951, cuando se inauguró un restaurante en su cima. En 1969 se le agregó la réplica de un “pueblito paisa”, y en 1975, comenzaron las obras de su restaurante-mirador.

El cerro El Volador fue objeto de varias propuestas durante el siglo XX. Una de ellas fue la de hacer en su cima un monumento a la Virgen del Perpetuo Socorro (Cadauid et al., 2000: 66). En 1938, se propuso crear allí un Parque de las Orquídeas, o Jardín Botánico. Más tarde, en 1951, este espacio fue dejado como “zona verde” por el plan urbanístico de Wiener y Sert, y solo en 1969 pasó a ser propiedad del municipio. Desde esta época se realizaron una serie de estudios y prospecciones hasta que fue declarado “patrimonio histórico y natural” en 1992, y luego se convirtió en “ecoparque” a raíz de un concurso público lanzado en 1996.

En 1969, la caja de compensación familiar Comfama creó el primero de varios centros campestres para el esparcimiento familiar. Estos parques semi-públicos y básicamente acuáticos, con kioskos para realizar almuerzos en familia se convertirían en el modelo de los futuros parques recreativos del Valle de Aburrá. En ellos se retomaron las dos características principales del tradicional “paseo de olla”: el disfrute del agua y el almuerzo colectivo. Además, estos parques recreativos se ubicaron precisamente en los sitios tradicionales de esparcimiento, cuyo acceso había sido libre hasta su creación.

La actitud de ordenar y cerrar estos sitios, que han permanecido de libre acceso, se observa también en los recientes “parques ecológicos”, como El Salado en Envigado, construido en 2006. Estos parques nacieron a partir de los planes de ordenamiento territorial, que desde la Constitución de 1991 son obligatorios para cada municipio, sin embargo algunos de ellos siguen siendo debatidos hasta el día de hoy. En El Salado se ordenó, entonces, “el paseo de olla”, mediante la ubicación de casetas que pueden ser reservadas con anticipación, y se encauzó la quebrada Ayurá, para generar piscinas naturales. En las figuras 2 y 3, se presenta la comparación entre dos sitios con y sin intervención. Sin embargo estas prácticas, según los criterios o dispositivos de Berque, no se consideran como paisajísticas (Berque, 2008).

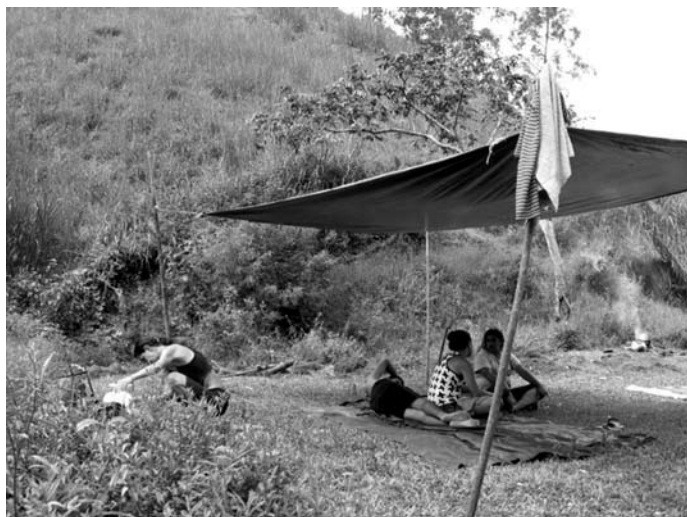


Figura 2. Charcos en Dosquebradas o El Brujo, Barbosa (foto del autor).



Figura 3. Parque ecológico El Salado, Envigado (foto del autor).

Toponimias nativas sobrevivientes

En la construcción del paisaje en el Valle de Aburrá, como hemos visto, se privilegiaron las influencias europeas. Y en el olvido de las toponimias nativas, y de otras formas que dejaron inscritas las sociedades anteriores en el medio ambiente, se puede confirmar también esta intención. Las toponimias aborígenes fueron casi todas borradas o pudieron haber venido de otras regiones. El lingüista José Ignacio Henao, en quien se apoya fuertemente esta sección, dice: “si bien algunos topónimos in-

dígenas sobrevivieron a la conquista, fue por fenómenos relacionados a la condición humana: un nombre sonoro, llamativo, por un recuerdo especial o por el nombre de algunos frutos y se conserva gracias a los mismos españoles” (Henao y Castañeda, 2005: nota 3).

El nombre de Antioquia le fue dado a este departamento en honor a la villa de Santa Fe de Antioquia, que durante la colonia fue epicentro comercial de la zona. Aunque parezca nativo, este nombre lo propuso Jorge Robledo en 1541, haciendo alusión a la ciudad de Antioquia en Siria. Para estos primeros conquistadores, como Cieza de León, cuyo viaje había comenzado en Lima, “la ciudad de Antioquia es la primera y la última provincia del Perú” (Henao, 2005: 127). La conquista de esta región se realizó en distintos viajes, desde Cali hasta el golfo de Urabá, a través del valle del río Cauca. Desde este corredor se exploraban zonas y valles aledaños. Fue de este modo como los conquistadores encontraron primero el actual municipio de Heliconia en 1542, que “llamaron de la sal, o Mugia” (Henao, 2005: 133), de donde Robledo mandó a Jerónimo Luis Tejelo a buscar el valle de Arví. Se dice que más o menos 20 soldados entraron al valle donde hoy es el corregimiento de San Antonio de Prado, siguiendo la quebrada Doña María “y bajaron por ende a la planicie donde hoy quedan Itagüí y Guayabal, lugar este último donde se ubicaba el poblado principal” (Arcila, 1977: 15). Según las crónicas de Sardella allí se encontraron:

[...] muy grandes é antiguos edificios destruidos, é los caminos de peña tajada, hechos a mano más anchos que los de cuzco, é otros bohíos como a manera de depósito [...] y el capitán no se atrevió a seguir aquellos caminos, porque quien los había fecho, debía ser mucha posibilidad de gente, é así se volvió al real, é se partió de aquella provincia de Aurrá, otro día después de San Bartolomé a buscar, e tornamos a pasar las sierras (J. B. Sardella, citado en Arcila, 1977: 16).

Al no encontrar mucho oro, y al ver que había posibilidad de encontrar una civilización resistente y avanzada, los conquistadores abandonaron esta zona y no fundaron la villa de Medellín sino hasta 1654. En esta zona sur del Valle de Aburrá, en lo que hoy son los municipios de La Estrella y Envigado también se establecieron resguardos para los pocos indígenas que, como cuenta Cieza de León, no se habían colgado de los árboles o habían escapado a la llegada de los conquistadores. Parece ser que el nombre Aburrá vendría de los indios que poblaban esta zona y, sobre todo, de su cacique. Pero también se ha propuesto la teoría de que se origine en la lengua embera, y que

provena de *kaburrá*, que quiere decir hormiga (Henaó y Castañeda, 2000: 47), lo cual nos podría sugerir que su significado es “valle de las hormigas”.

De esta zona sur, donde habrían existido los poblamientos más antiguos, nos quedan dos toponimias. La primera es Itagüí. En lengua embera significaría: “*ita* =arriba, alto y *kui*=conejo, o en lengua chibcha: *ita*=mano y *gui*, o *guei*=esposa, o *ama*” (Henaó y Castañeda, 2000: 46); en un origen menos probable, mezcla de caribe, tupí y guaraní sería: “*Ita*=piedra y *güi*= debajo; debajo de la piedra” (Parés y González, 1995: 81 citado en Henaó, 2005) o “las Piedras de Abajo”. Como se puede observar, el trabajo toponímico tiene muchos riesgos y su interpretación no es segura. Sin embargo, podemos resaltar el hecho de que las toponimias mencionadas –“Alto del conejo”, “Las piedras de Abajo”–, hacen referencia al cerro Manzaniello, y a los antiguos petroglifos que se encuentran en su base (ver fig. 4). Podríamos decir, entonces, que se trata de toponimias paisajísticas, sólo que las personas que las construyeron no tenían la noción estética de paisaje, o por lo menos no la conocemos. Además, estos nombres muestran más bien una relación cosmológica con los conejos, las piedras, las montañas y las aguas.

El otro topónimo que se encuentra en esta región es el de la quebrada Ayurá, en el municipio de Envigado, y que en un principio se decía *Yurá*. Su sentido tampoco es completamente claro como se evidencia en los cuatro diferentes orígenes que propone José Ignacio Henaó (2005). El primero vendría de la lengua caribe, y su significado sería el de “perico ligero”. El segundo posible origen de *Yurá* es quechua, pues los colonizadores venían desde el Perú y para nombrar los nuevos poblados utili-



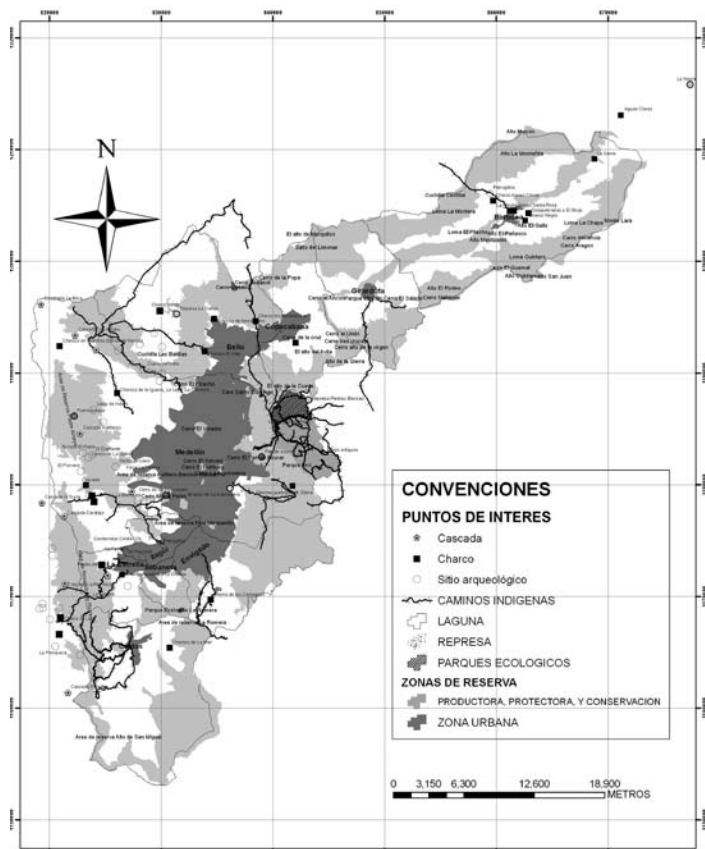
Figura 4. Petroglifos de Itagüí (foto de autor).

zaban nombres nativos con los que estaban familiarizados. En esta lengua “existe la palabra *yura*, que designa a cualquier vegetal, sea árbol, arbusto o hierba” (Cordero, 1989: 132, citado en Henaó 2005); “también existe *yuraj* o *yurag*, que significa blanco; lo cual podría indicar que el nombre sería el de quebrada Blanca” (Henaó, 2005: 236). El tercer origen que se sugiere es embera pues, como lo indica este lingüista, la mayoría de los topónimos de esta región provienen de esta lengua. “En esta lengua existe el término *yu*: *piedra de moler* y la partícula *ra*: *que indica plural*; o sea, quebrada de las piedras de moler” (Henaó, 2005: 236). El cuarto origen que propone este autor es de lengua bribri, de la familia chibcha. Esta hipótesis se basa en una investigación de topónimos en Costa Rica, en la que se dice que *Yurá* vendría de “la raíz *yular* [...] de ‘refrescante’, ‘fermento’, ‘chicha’: quebrada refrescante” (Garita, 2001: 167, citado en Henaó, 2005). Aunque este origen no sea completamente seguro, es uno de los más probables, y en nuestra opinión es una clara muestra de sensibilidad paisajística.

Más al norte encontramos otras toponimias aborígenes, pero su significado es desconocido. *Iguaná* y *Aná* son las dos quebradas que desembocan en lo que hoy es el centro de la ciudad de Medellín. Y *Niquía*, que es un antiguo resguardo de indios, ubicado en la parte norte de lo que hoy es el municipio de Bello, precisamente debajo del camino prehispánico Corrales” El nombre del cerro *Nutibara*, aunque proviene de uno de los caciques que dominaban esta región, como pudimos ver data de 1929 y fue puesto por la Sociedad de Mejoras Públicas.

Huellas prehispánicas en el paisaje

En el caso de Valle de Aburrá, los caminos y los sitios sagrados prehispánicos –como las cimas de las montañas– constituyen la huella material más importante que han dejado sus antiguos habitantes, y la conexión más sólida con lo que nosotros ahora entendemos por “paisaje”. Pero entre estas huellas no solo han quedado los altos y las cimas, sino también los caminos por los que se realizan gran parte de las ahora llamadas caminatas “ecológicas”. Estos espacios también han permanecido por fuera del control público, y es también allí donde desde hace poco se han construido parques ecológicos, como El Salado o el parque Arví (ver mapa 1 [AMVA, 2007; J. Osorno y Bermúdez, 2003; Botero, 2008, información de campo personal autor]) (y ver fig. 5).



Mapa 1. Sitios de esparcimiento natural en la cuenca del Valle de Aburrá.

El uso continuo de estos caminos los ha convertido en el punto de anclaje entre las formas de un medio físico y las maneras de habitarlo; son, además, una huella concreta, que por medio de perspectivas y del seguimiento de cursos de agua o del encuentro con formas geográficas relevantes, muestran una manera cosmológica de “mirar” el entorno. Lastimosamente, de ella poseemos poca información y, por eso, la importancia de estas huellas *in situ*. En el camino Corrales, del municipio de Bello; en el camino de “Encizo-Laguna de Guarne”; o en el camino “Barbosa-Don Matías”, para no mencionar sino los más relevantes, se puede observar fácilmente el manejo de miradores, desde los cuales se perciben panorámicas armónicas de las montañas. Además, estos caminos realizan el encauzamiento de escorrentías, y realzan el encuentro con cascadas, y con puntos geográficos relevantes. Desde un punto de vista teórico, estos caminos son, también, el punto de conexión entre las dos concepciones generales del paisaje: la “naturalista” y la “culturalista”, pues son tanto una huella material como una cultural.

Además de los caminos, también formarían parte de las huellas de este paisaje unos pocos petroglifos que todavía permanecen en ciertos sitios, como los que se



Figura 5. Caminata del INDER en el cerro de las Tres Cruces, corregimiento de Altavista, Medellín (foto del autor).

encuentran en un terreno baldío del peligroso barrio El Rosario en Itagüí (Arcila, 1977), o en los municipios de Girardota y Barbosa. Todos estos sitios están sin ningún tipo de protección o de información; incluso los petroglifos de Itagüí, que son los más grandes, fueron dinamitados hace algunos años, y hoy su situación sigue siendo incierta. Aunque no podamos saber a ciencia cierta lo que significan estas inscripciones en la piedra, podemos ver que a través de estos dispositivos se potencia la amenidad de cierto sitio, que en el caso de Itagüí es el cerro “tutelar” del Manzanillo.

Las prácticas del paisaje

Además de todas estas huellas simbólicas y técnicas del paisaje, se encuentran las prácticas y las maneras de vivir la naturaleza en un sitio concreto. Como decirlo hemos dicho, estas costumbres de disfrutar libremente de un sitio natural muchas veces anteceden las decisiones políticas y públicas. Un claro ejemplo de esto es el cerro de Las Tres Cruces, que no aparece dentro del programa de los cerros tutelares promocionado por la alcaldía de Medellín (2006), pero que desde tiempos prehispánicos es un sitio célebre. Además de llevar la toponimia de Altavista, por él pasa un camino indígena que comunicaba a Medellín con Heliconia, y que, desde varias décadas atrás, ha sido utilizado por caminantes aficionados a la naturaleza.

Otros sitios de este estilo, instituidos por la misma sociedad pero no por el gobierno, se encuentran en todos los municipios que conforman el Valle de Aburrá. Los más famosos y numerosos están ubicados en Barbosa, muni-

cipio que después de Medellín es el que más toponimias paisajísticas tiene en el área del Valle de Aburrá. Aunque muchos de estos “charcos” son de propiedad privada, y por lo tanto fueron intervenidos por particulares de una forma a veces tuguerial, aún quedan muchos sin intervenir. Un bello ejemplo en este municipio son los charcos de Las Lajas, en la vereda Buga, sitio en el que también se encuentran un camino prehispánico que conduce de Barbosa a Don Matías y unos petroglifos similares a los de Itagüí.

Otros sitios muy concurridos y todavía no intervenidos son los charcos del Seminarista, en Bello, donde también se encuentra el camino prehispánico Corrales. En este mismo municipio se encuentran los charcos del Hato y los de Tierradentro y la curiosa Meseta, sitio paisajístico sin intervención que probablemente data de tiempos precoloniales. En el corregimiento de San Cristóbal, del municipio de Medellín, también sobre un camino prehispánico y luego colonial que bordea la quebrada Iguaná, se encuentran los charcos de La Lejía y La Chorrera.

Cierto olvido histórico y político de estos sitios de paseo se evidencia en la historia de las guías turísticas. Si bien en la guía turística de Ricardo Olano, de 1916, se mencionan varios sitios de paseo, éstos se han ido borrando lentamente de estas guías a través del tiempo. R. Olano sugiere, primero que todo, ir de paseo por la avenida La Playa, según él “este paseo que se extiende a ambos lados de la Quebrada ‘Santa Helena’, es el más hermoso de Medellín” (Olano, 1916: 10). Luego sugiere salir de paseo el domingo, tomando el tren que conducía a Amagá en el suroeste antioqueño, y que hoy ya no existe. En el recorrido del tren se resaltan los “hermosos paisajes” de Envigado y luego los de Caldas. De este municipio también dice que “goza de clima delicioso y aguas magníficas” (Olano, 1916: 22) y sugiere visitar el paradero La Primavera, “dónde llega el camino de Manizales y del Cauca”. Los otros paseos que se proponen son a caballo, “pues los alrededores de Medellín son muy pintorescos y hay buenas vías que permiten hacer agradables excursiones” (Olano, 1916: 20) Las excursiones que propone son: “el paseo a la Laguna”, sitio ya mencionado de carácter prehispánico; el “paseo a Robledo”, a visitar el establecimiento de baños El Jordán; el “paseo a Bello”, para visitar la quebrada La García, en la que “se encuentran muy buenos baños, frescos y saludables”; y el “paseo a Envigado”, para ver “hermosos paisajes” y “buenas casas de campo” (Olano, 1916: 21). Por último, Olano dice que si se “es aficionado a las excursiones a pie”, se recomienda ir una tarde de verano al Morro de las Cruces, donde hoy es el barrio Salvador.

Este mismo sitio es el primero que menciona una guía turística de Medellín publicada en 1943 por el Ministerio de la Economía Nacional de Colombia. De este lugar se dice que es “muy visitado por toda la sociedad, los domingos y tardes de verano” (MENC, 1943: 21). Luego se menciona el Bosque de la Independencia como “el mejor lugar de recreo con que cuenta la ciudad de Medellín” (MENC, 1943: 30). Además de estos sitios públicos, se incluyen los clubes Unión y el Campestre, y después se sugieren también las excursiones a caballo: a Envigado, cuyas “magníficas quintas se ven colmadas por la elite medellinense los fines de semana” (MENC, 1943: 95); a Itagüí, que es “otro de los lugares escogidos para veraneo por su clima agradable y sus bellezas naturales”; y a La Estrella, en donde “muchísimas familias medellinenses poseen lindísimas quintas de veraneo”. De Bello ya no se mencionan sus “baños” sino el monumento a Marco Fidel Suárez, y de Copacabana y Girardota, las fábricas y el Señor Caído, respectivamente.

Para 1981, en una guía publicada por la oficina de convenciones y visitantes de Medellín, ya no se menciona ninguno de los sitios anteriores, pero sí se mencionan los centros recreativos de Comfama en Copacabana y La Estrella, y el Jardín de Orquídeas El Ranchito, también en La Estrella. Este olvido parece continuar hasta la primera década del 2000, cuando se realizan los primeros acuerdos de los planes de ordenamiento territorial para cada municipio. Aunque en estos planes se empieza a detectar y a obrar sobre estos sitios de interés natural y cultural, siendo uno de los primeros casos de intervención el mencionado parque ecológico del Salado, en estos planes no han sido identificados todos los charcos y los sitios populares de esparcimiento con que cuentan los municipios del Valle de Aburrá.

En esta misma década comienzan también los planes de desarrollo turístico para Medellín, como el de 2000-2009, en el que solo se consideran como atractivos turísticos: el parque ecológico Piedras Blancas, el cerro El Volador, el Jardín Botánico y el Parque Norte (parque de atracciones mecánicas). A medida que avanza la década, los planes de desarrollo van incluyendo cada vez más sitios, como se puede ver en el Plan de Desarrollo Turístico para el Valle Aburrá, 2008-2015, realizado por el Área Metropolitana de Medellín. Sin embargo, en este plan no se mira al patrimonio paisajístico y natural del valle en su conjunto, sino por municipios, lo que hace que estos sitios tiendan a tener una importancia más local que regional. De igual forma muchos charcos y conocidos sitios de esparcimiento permanecen invisibles.

En conclusión podemos ver que el área del Valle de Aburrá cuenta con:

Jardín botánico (1).
Cerros tutelares (26).
Clubes campestres (3): Rodeo, Campestre, Ejecutivos.
Parque zoológico (1).
Lagunas (2): Romeral y Guarne.
Parques ecológicos o ecoturísticos (4): Salado, Romeral, Piedras Blancas o Arví y de La Montaña o Quitasol.
Caminos indígenas y coloniales (23): senderos ecológicos.
Reservas (14): de las cuales tres son privadas.
Charcos (18).
Parques recreativos (6): Trébol, Comfama La Estrella, Ditaires, Comfama Copacabana, Parque Tulio Ospina, parque metropolitano de Las Aguas.

Vemos que el número de caminos, cerros, charcos y cascadas sin ser institucionalizados es considerable. Esto significa que estos espacios fueron conservados gracias a un trabajo lento y silencioso por parte de los moradores y no a través de leyes abstractas dictadas por políticos. Dicho trabajo de preservación ambiental se dio en gran parte por las difíciles condiciones geográficas de los mismos sitios, que no favorecieron el asentamiento. Pero en lo que se refiere a charcos, cascadas y caminos, su preservación se les debe a los caminantes y visitantes que han mantenido con ellos una relación estrecha y corporal. Con relación a estos sitios precisos vemos que las representaciones que se hacen de ellos son pocas frente a los modos de experimentarlos.

Los charcos y los antiguos caminos que comunican los cerros más importantes del valle, son los elementos que más fácilmente podríamos relacionar con la definición china de paisaje (*shanshui*), que quiere decir “montes y aguas”. En estos sitios hasta el momento no existe casi ninguna huella del Estado, y han sido pocas las representaciones artísticas que se hacen de ellos. Según un indicador de pobreza (Gobernación de Antioquia: 2006), nos damos cuenta que en los sitios más pobres es donde más charcos se conservan: Barbosa (6), Bello (3), Caldas (3), y donde también han proliferado las toponimias paisajísticas. Por ejemplo, en Barbosa encontramos las quebradas: El Silencio, El Reventón, Aguas Calientes, Los Chorros, Aguas Claras, Tamborcito, La Laja, El Chocho, Yarumito y El Guadual. Y los sitios Filoverde, Altamira, El Paraíso, Corrientes, Chorrohondo y Aguas Claras.

Como conclusión podemos decir que el paseo al charco es propio de los estratos socio-económicos 1, 2, y 3, lo que resalta con el hecho de que allí también proliferan las toponimias paisajísticas, que son las únicas representaciones en la teoría de la “artealización” creadas anónimamente. Esto nos muestra que desde el nombramiento de estos lugares, realizado en tiempos remotos, hasta su uso hoy en día, se ha mantenido una tradición de disfrute colectivo del medio ambiente. Dicha tradición se fue perdiendo en los estratos más altos de esta sociedad, que han ido tendiendo hacia la privatización y el disfrute individual o semi-privado del medio ambiente.

Bibliografía

- ÁBALOS, Iñaki (2005). *Atlas pintoresco, vol. 1: El observatorio*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ÁBALOS, Iñaki (2008). *Atlas pintoresco, vol. 2: Los viajes*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ACKERMAN, James S. (1997 [1993]). *La villa. Forma e ideología de las casas de campo*. Madrid: Akal.
- ALCALDÍA DE MEDELLÍN (2000). *Plan de desarrollo turístico para Medellín 2000-2009*. Medellín: Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia.
- ALCALDÍA DE MEDELLÍN (2006). *Cerros tutelares de Medellín. Una narración visual a través de sus diferentes escenarios*. Medellín: Área Metropolitana del Valle de Aburrá.
- ALCALDÍA DE MEDELLÍN (2008). *Plan de Ordenamiento Territorial de Medellín. Mapas Protocolizados* [online] Consultado en: <http://poseidon.medellin.gov.co/MapasProtocolizados/MapasProtocolizados.html>
- ÁREA METROPOLITANA DEL VALLE DE ABURRÁ [AMVA] (2007). *Plan de desarrollo turístico Valle de Aburrá 2008-2015*. Medellín: AMVA.
- ARCILA VÉLEZ, Graciliano (1977). *Introducción a la arqueología del Valle de Aburrá*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- BERQUE, Augustin (1986). *Le Sauvage et l'artifice. Les Japonais devant la nature*. Paris: Gallimard.
- BERQUE, Augustin (1993). "Beyond the modern landscape". In: *AA files*, No. 25 (Summer).
- BERQUE, Augustin (1995). *Les Raisons du paysage. De la Chine antique aux environnements de synthèse (Las razones del paisaje. De la antigua China a los ambientes de síntesis)*. Paris: Hazan.
- BERQUE, Augustin (febrero, 1997). "En el origen del paisaje". En: *Revista de Occidente*, No. 189, pp. 7-22.
- BERQUE, Augustin (2000). *Écoumène. Introduction à l'étude des milieux humains (Ecumene. Introducción al estudio de los medios humanos)*. Paris: Belin.
- BERQUE, Augustin (2005). "La forclusion du travail médial". En: *L'Espace géographique*, XXXIV, No. 1, pp. 81-90.
- BERQUE, Augustin (March, 2007). "A mesological approach to landscape". In: *Ecology of Perception & Aesthetics of Landscape*, Proceedings of the symposium held in the Collège de France, No. 26-27.
- BERQUE, Augustin (2008). *La pensée paysagère (El pensamiento paisajístico)*, Paris, Archibooks.
- BOTERO, Sofía (2005). *Caminos ásperos y fraguosos para los caballos. Apuntes para una historia de los caminos en Antioquia*. Medellín: Imprenta de la Universidad de Antioquia.
- BOTERO, Sofía (2007). "Redescubriendo los caminos antiguos desde Colombia": En: *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 36 (3), pp. 343-35.
- BOTERO, Sofía (2008) *Vestigios de una red vial antigua en el valle del río Aburrá*. Medellín: Área Metropolitana del Valle de Aburrá.
- CADAVID G., Francisco J. et al. (2000). *Plan especial de protección ecoparque cerro el volador –componente arqueológico–. Informe final*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura.
- CARRASQUILLA, Tomás (1995 [1919]). *Medellín*. Municipio de Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- CARRASQUILLA, Tomás (1997 [1896]). *Frutos de mi tierra*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.
- CASTRILLÓN, Alberto (1997). "Fitogeografía, paisaje y territorialidad al comienzo del siglo XIX". En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 34, No. 46, pp. 61-84.
- CORDERO, Luis (1989). *Diccionario quichua*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- CUMMINS, Tom and RAPPAPORT, Joanne (Jul.-Dec., 1998). "The Reconfiguration of Civic and Sacred Space: Architecture, Image, and Writing in the Colonial Northern Andes". In: *Latin American Literary Review*, vol. 26, No. 52, Colonial Latin America: A Multidisciplinary Approach, pp. 174-200.
- DESCOLA, Philippe (2005). *Par-delà nature et culture (Beyond nature and culture)*. Paris, Gallimard.
- DESCOLA, Philippe (2009). *Anthropologie de la Nature*. Collège de France [online]. Consultada en: http://www.college-de-france.fr/default/EN/all/anthrop/audio_video.jsp
- ESCOBAR C., Miguel (2003). *La ciudad y sus cronistas*. Medellín: Instituto Tecnológico Metropolitano.
- GARITA H., Flor (2001). "Algunos topónimos indígenas de la provincia de Puntarenas, Costa Rica". En: *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, vol. 27, No. 1, pp. 141-156. San José.
- GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA (2006). *Anuario estadístico de Antioquia*. Medellín: Gobernación de Antioquia.

- GONZÁLEZ B., David Miguel (febrero, 1997). "El observatorio astronómico de Santa Fé de Bogotá: Modernidad y ciencia en los últimos años del Virreinato". En: *Revista Credencial Historia*, No. 86. Disponible en línea: <http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero1997/feb971.htm>
- HENAO S. José Ignacio (2005). "Copacabana, Ayurá y Cauca, tres topónimos indígenas en busca de explicación". En: *Íkala*, Escuela de Idiomas de la Universidad de Antioquia, vol. 10. No. 16, pp. 225-241.
- HENAO S., José Ignacio y CASTAÑEDA N. Luz Stella (2000). "Aproximación a la toponimia embera antioqueña". En: *Lingüística y literatura*, No. 36/37, pp. 34-53.
- HENAO S., José Ignacio y CASTAÑEDA N. Luz Stella (enero-junio, 2005). "La toponimia en la conquista de Antioquia entre 1508 y 1594". En: *Con-Textos*, vol. 17, No. 34.
- HERMELÍN Michel (abril-junio, 2003). "El paisaje antioqueño: otra perspectiva". En: *Universidad Eafit*, No. 130, Universidad Eafit, Medellín, Colombia, pp. 19-29.
- INGOLD, Tim (2000). *The perception of the environment. Essays in livelihood, dwelling and skill*. Oxon, UK: Routledge.
- JARDÍN BOTÁNICO DE MEDELLÍN (2008). "La historia", [on line]. Consultado en: <http://www.jbmed.org/historia.html>
- KASTOS, Emiro (1972 [1856]). *Artículos escogidos*, Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- KASTOS, Emiro (septiembre 21, 1856). "Viaje a Bogotá". En: *De El Pueblo*, No. 57.
- LATOURET, Bruno (2007 [1991]). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- LONDOÑO BLAIR, Alicia (2008). *El cuerpo limpio. Higiene corporal en Medellín 1880-1950*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- LONDOÑO V., Santiago (2002). *La mano luminosa. Vida y obra de Francisco Antonio Cano*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- LONDOÑO V., Santiago (2005). *Breve historia de la pintura en Colombia*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica.
- MADERUELO, Javier (2005). *El paisaje: génesis de un concepto*. Madrid: Abada Editores.
- MADERUELO, Javier (ed.) (2006). *Paisaje y pensamiento*, Madrid: Abada Editores.
- MEJÍA ARANGO, Juan Luis (dir.) (1997). *Poesía de la naturaleza. Una visión del paisaje en Antioquia*. Medellín: Compañía Suramericana de Seguros.
- MINISTERIO DE LA ECONOMÍA NACIONAL DE COLOMBIA, MENC (1943). *Guía turística de Medellín*. Medellín: Compañía Colombiana de Turismo Ltda.
- MUSSAT, Marie Claire (2001). *La Belle Époque des kiosques à musique*. Paris: Du May.
- NARANJO, Jorge A. (ed.) (1995). *Antología del temprano relato antioqueño*. Medellín: biblioteca Virtual de Antioquia. Disponible en línea en: <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/12/lit-atra-jan.pdf>
- OLANO, Ricardo (1916). *Guía de Medellín y sus alrededores*. Disponible en línea en: <http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/14/travel-ro-ma.pdf>
- ORTIZ A., Rafael (1983). *Estampas de Medellín antiguo*. Medellín: Fábrica de Licores y Alcoholes de Antioquia.
- OSORNO R., Juan Fernando y BERMÚDEZ, Mario A. (2003). *Caminos pre-hispánicos en el Valle de Aburrá*. Tesis de grado en Antropología, Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, Universidad de Antioquia.
- PAQUOT, Thierry (2005). "La géométrie politique de la Cité: polis, umma et gated communities". In : PAQUOT, Thierry et YOUNES, Chris (ed.) *Géométrie, mesure du monde. Philosophie, architecture, urbain*. Paris: La Découverte, pp. 255-272.
- PARÉS, Carmen Helena y GONZÁLEZ A., Ramón (1995). *Huellas ka-tu-gua. Toponimia*, vol. 3. Caracas: Universidad Central.
- ROGER, Alain (1997). *Court traité du paysage*. Paris: Gallimard. [(2007). *Breve tratado del paisaje*. Madrid: Biblioteca Nueva].
- VALENCIA LLANO, Alberto (1996). *Vida cotidiana y desarrollo regional en la colonización antioqueña, Manizales*. Manizales, Colombia: Centro Editorial Universidad de Caldas.
- VÉLEZ, Norberto y BOTERO, Sofía (1997). *La búsqueda del valle de Arví y descubrimiento de los valles de de Aburrá y Rionegro por el Capitán Robledo*. Medellín: Comisión Asesora para la Cultura del Consejo de Medellín.
- VILLA V., Eduardo (2004 [1863]). *Viaje de Medellín a Bogotá. Diciembre 8 de 1862 a enero 6 de 1863*. Medellín: L. Vieco e Hijos Ltda.